133

EL REY BASILIO DE DINAMARCA,

su Hija la Princesa, y su Amante el Conde Federico.

PRIMERA PARTE.

ESCUCHA, Auditorio noble,
una Historia verdadera,
que en laminas de oro, y bronce
era bien que se esculpiera;
aunque para referirla
me valdré de la Suprema
Sacrosanta Trinidad,
porque aunque muchos Poetas
invocan del Dios Apolo,
su mentida sutileza,
y de la fuente Helicona,
dicen, que beben sus tersas,
como cristalinas aguas,
invocando la asistencia
de las Musas, que ellos dicen,
que son nueve, segun cuentan,
todo es fabula y mentira;
porque solo la Suprema
Inteligencia Divina,
reparte su mano excelsa,
la gracia à todos los hombres,
sin ninguna competencia.
En ésta, pues, confiado,
daré principio à la letra:
y digo, que en Dinamarca,
Ciudad populosa, y bella;
cuyos altos edificios
asaltan à las Estrellas,
y el Sol oculta sus rayos,
temeroso de que puedan
sus altas puntas herirle,
dexando à obscuras la tierra.
Era Rey de este Emisferio
Basilio el Grande, que era
amado de sus Vasallos,
por su virtud, y prudencia;
que aunque es verdad que los Reyes
por su sangre siempre heredan

sus Monarquías, no todos
los cariños se grangean;
que esto alcanza la razon,
y la razon no es herencia.
Este tal prudente Rey,
tiene una hermosa Princesa,
única, porque su madre
pagó la forzosa deuda
en su parto, no atendiendo
la parca torpe y grosera
su Corona; porque à nadie
esta fiera la respeta.
Criose esta hermosa niña,
como ya dixe, heredera
de Dinamarca, y su Imperio,
y el Cielo dió à manos llenas
à aquella Princesa hermosa
dones de naturaleza:
era en discreta Atalanta,
es Venus en la belleza,
Semiramis en lo fuerte,
y Palas en gentileza,
que aquella manzana de oro,
sin duda à ella se la diera.
Como es hermosa y bizarra,
y de su Reyno heredera,
los Príncipes confinantes
pretendian su belleza:
entre los muchos Señores,
que asisten à la grandeza
del gran Rey de Dinamarca,
está un deudo suyo, que era
el Conde Don Federico,
General de mar y tierra;
es discreto, es entendido,
y siendo Marte en la guerra,
por su valor invencible
en la Corte Adonis era;
es muy querido del Rey,
tanto, que lo que aconseja
es solo lo que se hace
sin ninguna diferiencia.
Tenia el Conde una hermana,
que es bellísima Duquesa
en sus Estados, que nunca
hizo en la Corte asistencia.
El Conde Don Federico
hablò un dia à la Princesa,
diciendo: Dueña, y Señora,
hermosísima Princesa,
ya es tiempo, Señora mia,
de que vuestra mano bella
en un Príncipe se emplee
de tantos como desean,
como rendidos esclavos,
lograr dicha tan suprema.
La Princesa le responde,
diciendo de esta manera:
Conde, yo tengo un retrato
dentro en mi pecho, y quisiera,
que su dueño fuese solo
quien lograse mi belleza,
mi Corona, ò mis Estados:
y como aqueste no sea,
no se canse el Rey mi Padre,
ni mi Reyno lo pretenda.
Respondiò el Conde: Señora,
muestremelo vuestra Altezà,
que os empeño mi palabra
de hacer vivas diligencias,
aunque en el cabo del mundo
ese Príncipe estuviera.
La Princesa luego al punto,
metiendo su mano bella,
sacò del pecho un espejo,
y se lo diò muy risueña;
el Conde quedò turbado,
y le dice la Princesa:
Pues Conde, de qué os turbais?
y el Conde le respondiera:
Princesa y Señora mia,
es posible de que quieras,
habiendo Principes tantos
que aspiran à tu grandeza,
pagarte tan mal, Señora?
mira, advierte, y considera,
el que yo soy tu vasallo,
tú mi dueña y mi Princesa.
Ya he llegado à declararme,
le dixo en palabras tiernas,
y asi, Conde, tú has de ser
el que ciña esta Diadema.
Considere aqui el discreto,
quando ruega una belleza,
quando una Corona obliga,
y un Reyno se le presenta,
qué pudiera hacer ninguno,
sino admitir la propuesta;
respondiole cortesano.
Y Cupido con dos flechas
hiriò sus dos corazones
reciprocos de manera,
que se beben los alientos;
pero esto con la decencia,
porque nunca à lo atrevido
abrieron la franca puerta.
A este tiempo à Dinamarca
le puso guerra Suecia,
y el Rey entonces al Conde
lo enviò para que fuera,
como que es su General,
à resistir tanta fuerza.
Obedeciò el Conde, y luego
se fue à ver à la Princesa,
diciendo lo que su Padre
manda, dispone, y ordena:
la Princesa, aunque sentia
de Federico la ausencia,
con animo generoso,
para que fuera le alienta:
presentole un Cisne hermoso
que sin duda alguna era
de aquel Carro fabuloso,
que han fingido los Poetas.
Mucho lo agradece el Conde,
y à su hermana la Duquesa
cuenta da de su partida,
y su hermana le presenta
armas, y una Compañia,
de esclarecida nobleza,
para la guardia, y custodia
de su persona discreta.
Partiò luego Federico
dandole al ayre vanderas,
desplegando tefetanes,
y las caxas, y trompetas
para la Princesa hermosa
son saetas que atraviesan
aquel corazon amante
de la constante firmeza.
Fuese el Conde, donde dexo,
en sus marchas, y en su guerra,
por decir de Dinamarca
en aqueste tiempo entra
de Albania un Embaxador:
y asi que tuvo licencia
de presentar su Embaxada,
va pidiendo la Princesa
para el Principe Albanés:
y viendo las conveniencias,
que al Reyno de Dinamarca,
se siguen de esta propuesta,

el Rey, y el Consejo todo,
sin dar parte à la Princesa,
otorgaron la Embaxada
con alegria, y con fiestas,
y despues de ya otorgada,
le dan cuenta à la Princesa.
La qual pesarosa y triste
viendo à su amante en la guerra,
y viendo que de este lance
no tiene quien la defienda,
y que toda Dinamarca
que se case la amonesta,
mirando por este lazo
del Reyno las conveniencias,
solloza, gime, y suspira,
sin tener quien la defienda.
En esto un año pasò,
quando vino de la guerra
el General Federico,
victorioso de manera,
que vanderas y despojos
dicen su victoria excelsa.
Y con aquestas noticias,
previenen solemnes fiestas,
en la grande Dinamarca;
y fue para la Princesa,
juzgando fuese su alivio,
noticia que mas le alegra.
Entrò el Conde, y luego al punto
à recibirle saliera
el Rey con todos sus grandes,
saliò tambien la Princesa
en carroza de cristales,
à darle la enhorabuena.
Muy alegre estaba el Conde,
quando el Rey le ha dado cuenta
como tenia casada
à su hija la Princesa:
el Conde quedó turbado,
y embargadas las potencias,
tanto, que al Rey pareció,
que aquel accidente era,
que le asalta de repente;
y luego al instante ordena
que le lleven à Palacio,
cuidando de su asistencia.
Asi, pues, lo executaron,
y en sí vuelto, la Princesa
le dice: Conde, y Señor,
muchas desdichas me cercan,
yo muero desesperada,
si es que tú no lo remedias;
llevame mi bien de aqui,
que donde quiera que fueras,
quiero ser pobre à tu lado,
y no en Dinamarca Reyna.
El Conde le respondió:
No es posible mi Princesa,
porque será gran traicion
à mi sangre, y mi nobleza:
La Princesa que le oyó
tan semejante respuesta,
corrida y desesperada,
le dice de esta manera:
Aleve Conde mal pagas
mi cariño, y mi firmeza;
y sin aguardar disculpas
se fue à llorar. Donde dexa
el Autor de aquesta Historia,
aquesta parte primera,
prometiendo en la segunda
al auditorio dar cuenta
de estos dos tiernos amantes,
si es que le ha agradado esta.

F I N.

SEGUNDA PARTE.

EN LA QUE SE FINALIZA LA PEREGRINA Historia de la Princesa de Dinamarca, del Conde Federico, y el Principe de Albania. Y se refiere la maravillosa vision que este Principe tuvo, para desposarse con la Duquesa Isabela.

Ya dixe, que la Princesa,
desesperada y corrida,
con la respuesta del Conde,
à su quarto se retira,
y de sus hermosos ojos,
dispararon baterias
en municiones de perlas,
las rosas de sus mexillas
tristemente cultivaba,
y de esta suerte decia:
Ingrato y aleve Conde,
mal pagaste mis caricias,
falsas fueron tus finezas,
y tus promesas mentidas:
cruel has sido conmigo,
mas desleal te acreditas.
Finalmente se resuelve,
aunque con grandes fatigas,
en otorgar los conciertos,
que con Albania tenia.
El Conde quando lo supo,
al Rey suplicado habia
le concediese licencia,
porque era cosa precisa
el volver à sus Estados,
segun su hermana le avisa;
por no hallarse al desposorio
de su Princesa querida.
El Rey, y toda su Corte,
sintió mucho su partida,
pero el Principe de Albania
apresuró su venida,
y en aceleradas marchas,
llegó al Palacio ò Quinta
de la Duquesa Isabela,
hermana que dixe arriba
del gran Conde Federico;
y à recibirle salia:
la Duquesa es muy hermosa,
y por extremo entendida,
es afable, y cariñosa,
y en efecto toda linda.
El Principe vió sus ojos,
discrecion, y gallardia,
y Cupido le tiró
una flecha tan activa,
que el corazon le atraviesa,
y el alma quedò cautiva.
Ya no se acuerda del trato,
ni concierto à que venia:
solo à la Duquesa adora,
y à la Princesa no estima;
porque solo la Duquesa
es objeto de su vista.
Y como con gran cortejo
estuvo alli quatro dias,

en

en vivo fuego se abrasa,
y por mitigar sus iras
una noche à media noche,
hizo la accion atrevida
de arrojarse à su retrete,
camarin donde dormia.
Con una llave maestra,
una falsa puerta abria;
la Duquesa está rezando,
y apenas viò su osadia,
descolgando dos pistolas,
de esta suerte le decia:
Reportese vuestra Alteza,
que à su perdicion camina,
ò vive Dios, que en su pecho
tiene de ver esculpidas
de estos incendios de fuego,
sus balas incensitivas.
Por dònde entrò vuestra Alteza,
retirese à toda prisa.
Pero el Principe responde:
cese, Isabela querida,
cesen, mi Duquesa hermosa,
tus bien concertadas iras,
qué mas balas, que tus ojos!
qué mas rayos, que sus niñas!
De Albania la Real Corona
hoy à tus plantas la miras,
tú has de ser Reyna, Duquesa,
aquesta mano lo afirma,
mano y palabra te doy,
y tambien cedula escrita,
con mi Sello Real firmada:
si es que asi mi fe acreditas.
Era el Principe galan,
y la Duquesa que veia,
su noble resolucion,
y Corona que le brinda,
todavia no contenta,
le dice: Principe, mira
lo que emprendes en dexar
à la Princesa mi prima,
ofendiendo à Dinamarca,
lo que resultar podia.
Este es mi gusto, Duquesa,
aunque el mundo se arda en ira,
tú has de ser Reyna, Isabela,
esto mi fe lo publica.
No estoy, Principe, contenta,
entra en mi Oratorio, y mira,
que me jures la palabra,
ante la Imagen Divina
de este hermoso Crucifixo.
Y el Principe de rodillas,
jurò por aquella Imagen
la palabra prometida.
En su cámara le entra,
donde entre dulces delicias,
gozò la mas bella flor,
que en sus jardines tenia.
Mas el correo del gusto
tan velozmente camina,
que dentro de breve rato
desaparece à la vista.
Entre los tiernos arrullos,
quedò Isabela dormida;
vistiose el Principe al punto
y la Duquesa tenia
sobre su bufete puesta
una carta medio escrita
de cariñosos requiebros;
que de esta suerte decia:
Glorioso Capitan mio,
mil abrazos dar queria
en
en lugar de parabienes
à tu dichosa venida.
Esta es para su hermano,
pero el Principe entendia,
que seria algun amante,
que la Duquesa tenia.
Arrepentido y zeloso,
tomando postas aprisa
à Dinamarca se parte,
dexando esta flor marchita.
Quando despertó Isabela,
que sus criados le avisan,
que el Principe por la posta
caminaba à toda prisa:
aqui fueron los suspiros,
las lagrimas y fatigas,
y de su rubia garzota
arrancar las hebras finas.
De sus galas se despoja,
y de luto se vestia:
todo de negras vayetas
su Palacio lo cubria,
y metida en su Oratorio
está de noche y de dia.
Volvamos al Conde, que,
entre congoxas no vistas,
à su Palacio llegó;
y en lugar de telas finas,
miró todas las paredes
de negro luto vestidas;
preguntò: Es muerta Isabela?
y los criados le avisan,
no Señor, que el Oratorio,
es su cámara y su quinta.
Entrò el Conde al Oratorio,
y la Duquesa dormida
estaba junto al Altar,
de negro luto vestida;
y entre sueños y congoxas,
tristemente repetia:
Rey Soberano y Eterno,
justicia, Señor, justicia,
à vos ha sido la ofensa,
y el ampararme os precisa.
Ese Principe Albanés,
con la palabra benigna,
que ante vos me diò, gozò
de mi castidad invicta,
y si mi hermano lo sabe,
tendrá fin mi triste vida.
Oyendo su agravio el Conde,
mano à la daga ponia;
diciendole: Fiera ingrata,
pagarás tu demasia:
mas al tiempo de ir à darle,
de la Cruz se desprendia
aquel Señor Soberano,
y el impulso detenia.
La daga le cayò al Conde,
hincandose de rodillas,
el prodigio le suspende,
y su culpa le horroriza,
Dispertando la Duquesa,
viò el amparo, y se confia
en el Señor Poderoso,
que aplacò tan dobles iras.
Contò el suceso à su hermano,
y el Conde le ha dicho: Aprisa
desnudense esas paredes,
vistanse de telas ricas,
ponte tus mejores galas,
y à Dinamarca camina,
que mientras ciño esta espada,
nada à mí me atemoriza.
De-

Dexemoslos caminar,
y vamos à la alegria,
las fiestas y los torneos,
que en Dinamarca se hacian,
à celebrar, aplaudiendo
del Principe la venida.
La boda se dilatò,
porque la Princesa invicta,
estaba un poco indispuesta,
de graves melancolias;
y solo por alegrarla,
dispusieron cierto dia
unos Torneos de gala,
y con garvo y gallardia,
el Principe saliò en ellos;
mas à la primer corrida,
se le desbocò el caballo,
valgame Dios, qué desdicha!
midiò la tierra infelice,
y socorriendole aprisa,
sin sentido lo llevaron
à Palacio, y la caida
tanto le atormentò el pecho,
que asi estuvo medio dia,
de Fisicos rodeado,
y con nobles medicinas.
En esto al Rey le avisaron,
como à Palacio venia
el Conde con la Duquesa,
su sobrino, y su sobrina.
Saliò el Rey à recibirlos,
y contando la desdicha
del Principe, dixo el Conde:
Pues, gran Señor, mi venida
solo es à pediros campo,
contra quien me tiraniza
el honor con falsedades,
con promesas, y mentiras:
Contole, en fin, el suceso,
y el Rey suspenso se admira.
En esto el Principe vuelve
al poder de medicinas,
y quando viò à la Duquesa,
le dice: Prenda querida,
tú eres Princesa de Albania,
aunque yo pierda la vida.
En el otro mundo he estado,
y aquella Imagen Divina,
ante quien te dí palabra,
muy enojado me avisa,
que te cumpla lo que debo,
si no quiero ver sus iras:
con que mi esposa has de ser,
aunque me cueste la vida.
El Rey replicò: Pues còmo
desayrada queda mi hija?
y la Princesa responde,
mostrando grande alegria:
Esposo tengo yo, Padre,
tan bueno, y de tal estima.
Quién es? le pregunta el Rey,
el Conde hincò la rodilla,
y en breve le ha dado cuenta
de sus venturosas dichas,
de su lealtad y nobleza,
y valor que le acredita.
Con que toda Dinamarca,
con jubilos y alegrias,
celebraron las dos bodas,
que se hicieron en un dia.
De tan peregrino caso,
tuvo el Autor noticia,
y diò à la prensa estos rasgos,
y al Auditorio suplica,
que perdonen de su pluma
tantas faltas tan indignas. FIN.